

SALVADOS DE LA TORMENTA

La tarde había sido pesada y húmeda.

Todos sufrían y se sentían incómodos por el calor. También lo estaba la pequeña Valeria; y cuando la mamá le dijo que debía irse a la cama, estuvo realmente contenta de hacerlo.

Pero cuando se apagó la luz, tuvo un poquito de miedo, porque a lo lejos se podía oír el retumbar de truenos. De vez en cuando la habitación se iluminaba con los relámpagos.

A Valeria no le gustaban las tormentas, así que cerró los ojos bien apretados e hizo una corta oración, pidiéndole a Jesús que la cuidara.

Pronto comenzó a llover. Llovía y llovía, y mientras la lluvia caía la pequeña Valeria se durmió.

No supo cuánto tiempo llevaba dormida. Le pareció muy corto, aunque sin duda fueron horas. Algo la despertó, algo que la aterrorizó. Era la voz de la mamá que le hablaba muy asustada.

- Valeria, Valeria, despiértate -estaba diciendo la mamá mientras la sacudía.

Al despertar, Valeria oyó otro sonido, el más extraño y terrible que alguna vez hubiera oído. Era como el rugido de un trueno, pero no terminaba.

Ahora Valeria estaba muy asustada.

- ¡Oh, Mamá! ¿Qué pasa? -exclamó.

- Es un tornado, y ya está sobre nosotros -respondió la mamá - . Tenemos que orar, querida. Papá ya se despertó y está orando también.

El padre se había despertado sobresaltado, se había puesto de pie de un salto y de inmediato se dio cuenta de lo que pasaba.

Se arrodillaron junto a la cama de Valeria, el papá de un lado y la mamá del otro, con las manos cruzadas sobre ella como para protegerla.

En ese momento el terrible rugido parecía estar directamente sobre sus cabezas; y también se oía el ruido de ventanas y vidrios rotos, y maderas que se quebraban.

- Por favor, querido Jesús, ¡cuidanos! -comenzó uno de ellos.

¡Crash! Un estrépito terrible se oyó mientras la casa de al lado era destruida por la furia del viento.

-Querido Jesús, no permitas que la tormenta... ¡Crash! Otro estrépito indicó que la casa del otro lado había sido destruida.

¡Crash! Ahora era la casa de enfrente.

- ¡Oh Jesús, ayúdanos! Sálvanos, por favor, ¡sálvanos! Siguieron orando mientras mantenían sus brazos cruzados sobre Valeria.

Por encima de esos brazos había otros brazos, más fuertes pero todavía más amantes: los brazos eternos de Dios.

Cuando la tormenta hubo pasado, la luz del día reveló una desoladora escena de destrucción: árboles arrancados y las ruinas de las casas dispersas por todas partes. En una manzana y media no había edificio en pie, excepto la casa en que Valeria, la mamá y el papá habían estado orando.

Hoy es una tormenta diferente la que amenaza a todo el mundo. Muchos están asustados por lo que sucede en el mundo hoy, pero Jesús no quiere que tengamos miedo. El quiere que confiemos en El siempre, con todo nuestro corazón. No importa qué ocurra, quiere que nos mantenga, más serenos y tranquilos, creyendo que confiando en Dios todo resultará bien.

El quiere que confiemos en sus promesas:

"El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente

No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día

Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal ni plaga tocará tu morada" (Salmos 91: 1,10).

El nos asegura que estarán "acá abajo los brazos eternos". Son brazos de amor, que nos protegen de la misma forma que los brazos de sus padres cuidaron a Valeria aquella noche. Al acercarse la tormenta, Jesús no olvidará sus promesas. Pero no nos olvidemos de seguir orando hasta que el cielo esté sin nubes otra vez.

Un día la tormenta terminará. Habrá paz en el mundo otra vez, paz gloriosa y permanente; y entonces veremos muy claramente que Jesús realmente hizo muy bien todas las cosas.